



INTRODUCCIÓN

Si se me pidiera una fórmula que caracterizase en breves términos el espíritu del autor de los "Nuevos Ensayos de Crítica literaria y filosófica", diría simplemente: "Alberto Nin Frías es uno de los pocos orientales con quienes se puede mantener una conversación que dure más de diez minutos sobre puntos de filosofía, de literatura ó de arte." Me explicaré, para que no se atribuya á mis palabras un sentido que no tienen. No significa esto negar que existan, y hasta abundan, entre nosotros, en relación con lo limitado del ambiente, los espíritus capaces de conversar con conocimiento, discreción y gracia, sobre esos ó parecidos temas. Lo que falta es la persistencia del interés. Si se inicia una conversación con un espíritu criollo, por culto que sea, sobre cuestiones de tal índole, al breve rato la inevitable tangente elude el círculo de la conversación con esta fuga desconcertadora:—"Y á propósito: ¿qué ha oído Vd. decir de Mariano Saravia?..." ó bien:—"¿Quién se llevará la senaturia por el departamento de Tal?"—"¿Qué harán los blancos en Noviembre?" etc. etc.

Alberto Nin Frías habla poco de Mariano Saravia y de lo que harán los blancos en Noviembre, y en cambio habla mucho, y muy bien, de libros nuevos; de ideas literarias, filosóficas y religiosas; de obras artísticas; de recuerdos de

viaje, y de otras cosas de que no suele hablarse en los fogones de los campamentos ni en las tertulias de los clubs políticos.

No hace mucho tiempo que, comentando otro libro de Nin Frias, señalaba yo lo diferente, y aun opuesto, de nuestros respectivos puntos de partida, en nuestra orientación ideal. Él procede (decía) del protestantismo, yo del helenismo; pero después de notar esta diferencia, agregaba que, á pesar de ello, nuestros espíritus se aproximaban más cada día y convergían á un mismo término, porque toda gran ruta ideal, no importa cuál sea, lleva en dirección á la armonía, á la amplitud, á la comprensión de todo lo bueno, á la amistad con todo lo hermoso.

Y he aquí que ha llegado la ocasión de que luchemos juntos; porque esta es la hora en que me ha tocado asumir, contra ciertas tendencias, la defensa de la tradición cristiana y del ideal cristiano, á pesar del paganismo de mi imaginación y de mi gusto artístico.

He explicado recientemente cómo cabe participar sin contradicción de ambas devociones. La obra de Grecia perdura en lo mejor de nuestra mente: es el sentido de lo bello, la investigación metódica, el pensamiento libre. Sin la persistencia de esta obra, el cristianismo sería un veneno que consumiría hasta el último vestigio de civilización. Las esencias más salutíferas, los específicos más nobles, son terribles venenos, tomado sin medida ni atenuante. Es una gota de ellos lo que salva; pero no por ser una gota, deja de ser la parte esencial en la preparación en que se les administra. Lo que en la redoma del fármaco da el olor aromático, el color, la eficacia medicinal, la virtud tónica, es á menudo una gota diluida en muchas partes de agua. El agua fresca y preciosísima, el agua pura de la verdad y la naturaleza es lo que Grecia ha suministrado al espíritu de nuestra civilización. Agradecemos esta agua; pero no desconozcamos por eso la gota de quinta esen-

cia que la embalsama y le da virtud de curar y la guarda de que se corrompa.

Ambos principios han llegado á reunirse en la complejidad de nuestra alma, en nuestro concepto de la vida; pero no sin conflicto frecuente, no en síntesis perfecta y estable, sino más bien como mezcla que sólo se consigue por la tenaz agitación del vaso en que los dos elementos se contienen. La concordia definitiva, la unión íntima y segura, ¿es asequible y se producirá alguna vez? Cabe esperararlo de esta misteriosa alquimia que tiene por laboratorio el tiempo y por material las ideas y los sentimientos humanos.

Uno de los conductores de almas, que en nuestro ambiente, pueden cooperar con más eficacia á esa tarea es, sin duda, Nin Frias. Pertenece al escaso número de los escritores que, en nuestro idioma, tratan con amor y conciencia el problema religioso, (así lo ha reconocido Unamuno) y suyo es principalmente el mérito de haber atraído á ese alto objeto la atención de nuestra juventud. Su interpretación y comprensión del cristianismo es amplia, delicada y profunda, y no excluye un vivo y justo sentimiento del espíritu clásico. Este cristiano sabe el modo de sacrificar, sin inconsecuencia, en el altar de las Gracias. Tiene un hondo sentido moral y religioso, y tiene además un claro sentido de lo bello. Forma parte de ese simpático grupo evangelista que cuenta en nuestra juventud con espíritus tan generosos y bien dotados como los de Santín y César Rossi, Martínez Quiles, Nin y Silva, Emilio Gillardo, etc. Bien sabe Nin Frias—y no hay porqué callarlo aquí—que yo no creo en el acierto y eficacia de este movimiento, tal como está encauzado y supeditado á una ortodoxia religiosa. Comprendo y aplaudo el fondo cristiano; pero no me explico el apego á dogmas que constituyen una “impedimenta” en mi para la propaganda racional, ni me place la vinculación con el carácter protestante, que creo que no se adaptará jamás—por razones étnicas invencibles—al ambiente de nuestros pueblos,

y que, históricamente representa una tradición contraria à las raíces de nuestro espíritu, al genio de la raza, à las voces que gritan desde cada gota de la sangre de nuestras venas. (1) Mucho más me agradaría un cristianismo puramente humanitario, à lo Channing ó à lo Tolstoy.

Pero como quiera que sea, Nin Frias y el grupo à que pertenece, constituyen una fuerza positiva y fecunda en el conjunto de nuestras energias intelectuales y morales. Tienen un ideal, un rumbo firme y generoso; y esto los da derecho al respeto y la simpatía de todos los que también aspiran à tenerlos. Hombres nuevos de entusiasmo é ideal necesitamos; hombres capaces de apasionarse por ideas y de convertir este entusiasmo en voluntad perseverante. Así habrá luz y fuerza en el espíritu de la juventud; lo mismo cuando la pasión del ideal se personifique en el socialista Frugoni que cuando se encarne en el evangelista Nin Frias.

Yo, que no me considero extraño en ningún campo donde un sentimiento desinteresado vivifique cualquier alta concepción del bien y la verdad—porque debajo de estas “cortezas de las almas” que llamamos ideas, busco lo hondo, que es la voluntad y la intención y la fé,—entro hoy en el templo de paredes desnudas y escucho con reconocimiento el coro de creyentes.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

(1) *Nota del autor.*—No concordamos con el ilustre crítico en esto, pues si ello fuese cierto el Catolicismo no se avendría tampoco con el espíritu inglés, norte-americano y germano. Toda idea asboluta tiene en sí el germen de algún concepto erroneo. Y la idea irreductible de dividir à la humanidad en razas cerradas, ofrece amplio tema para discutir. Hoy día esta cuestión de las razas ha entrado en un período de rudos ataques, y con razón, pues se ha abusado de los elementos simples para generalizar de una manera equívoca y falsa.

A. N. F.